

HOMILÍA MISA DOMINGO DE RESURRECCIÓN 2008
POR ROBERTO OCTAVIO GONZÁLEZ NIEVES, OFM
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SAN JUAN DE PUERTO RICO
CATEDRAL METROPOLITANA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO
DOMINGO 21 DE MARZO DE 2008

Hoy, Domingo de Resurrección, celebramos y lo decimos con humildad, convicción y alegría, es el domingo más importante de la historia humana. El día de la victoria de la vida sobre la muerte. Hoy celebramos la resurrección del Señor Jesús. Este hecho es el que justifica nuestra fe en Cristo. Pues muy bien lo ha dicho San Pablo: En efecto, si Cristo no hubiera resucitado, sería vana nuestra fe (cf. 1 Co 15,14). Sí, sería vana porque hubiese sido otro mortal más a quien la muerte había vencido y el poder del mal habría destruido. Hubiésemos estado tratando a un mortal como a Dios.

Un conocido teólogo del siglo pasado, Romano Guardini, afirma que “la fe cristiana se mantiene o se pierde en la medida en que se cree o no se cree en la resurrección del Señor. La resurrección no es un fenómeno marginal de esta fe, y mucho menos un desarrollo mitológico, que la fe hubiera tomado de la historia y que más tarde pudo desaparecer sin perder su contenido: es su centro” (*El Señor*, parte VI, 1).

Es decir, la resurrección es el corazón de nuestra fe. ¿Qué sentía el corazón de los Apóstoles antes de la resurrección de Cristo? ¿Qué sentía el corazón de los Apóstoles después de la resurrección de Cristo? Antes de la resurrección de Cristo, en el caso de sus apóstoles había total incertidumbre, desesperanza, desolación, tristeza, dolor. Estos sentimientos de angustias no sólo eran por la muerte de Jesús, sino por sus acciones. Ellos, con excepción del discípulo amado, fueron los primeros en abandonarlo, en negarlo, en traicionarlo. Las mujeres estaban abatidas, abatidas de dolor por la forma en que murió el Maestro. ¿Y qué de las fuerzas del mal que utilizaron la persuasión, el engaño, las injurias, blasfemias o la cobardía de las autoridades judías y gubernamentales? Si Cristo no hubiera resucitado hubiera vencido la muerte, hubiesen triunfado los emisarios del mal y el corazón humano no tendría esperanza en la cual fiarse, ni en quien recibir consuelo. La muerte y el pecado hubiesen sido los grandes triunfadores.

¿Y cual es el escenario luego de la resurrección de Cristo? Todo es alegría, todo es asombro, todo es estupor. El sepulcro no está cubierto, el cuerpo del maestro no está allí, solo estaban las vendas de lino y el paño colocado sobre al cabeza de Jesús. María Magdalena corre a decírselo a Pedro y a Juan; Pedro y Juan salen corriendo, cuando vieron lo que había sucedido, creyeron en la resurrección. Ya no había pena, ya no hay dolor. Vieron y comprendieron que el Señor se levantó y venció la muerte. Su resurrección es prueba de que la muerte no tiene la última palabra, sino que la última palabra la tiene el Resucitado, Aquél quien es el Camino, la Verdad y la Vida.

Queridos hermanos y hermanas, ante el acontecimiento de la resurrección, ¿Cómo nos sentimos nosotros, cómo late nuestro corazón? ¿Late cómo los de los Apóstoles antes de la resurrección? ¿O late como los corazones de los que descubrieron que el Señor había resucitado?

¡El Señor resucitó! Esa es la gran noticia que la Iglesia celebra hoy, que la Iglesia vive hoy, que la Iglesia ha estado anunciando por milenios: Que Jesús resucitó y quiere extendernos a todos y a todas la gracia, la esperanza, la alegría y la vida plena. Esa es la noticia que nos transforma y da dirección y nos hace descubrir el verdadero sentido a nuestras vidas. Quien resucitó era el Hijo de Dios: Dios encarnado en el vientre de María, Aquél que nos dejó el mandamiento del amor, que nos habló en parábolas y que se quedó en medio nuestro a través de la Eucaristía. Hoy nos alegramos porque se levantó de entre los muertos Aquél que nos dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.”; Aquél que cuando le dijeron “Muéstranos al Padre dijo: “Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (*Jn 14, 9-11*); quien resucitó es aquel que nos dijo “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn 10, 10*); y que nos dijo en otra ocasión: “El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida» (*Jn 5, 24*).

Ante la noticia de la resurrección de Jesús, estemos atentos a las palabras de Juan que nos dice: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros... Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 1-4). La noticia de la resurrección es una invitación a la comunión, al amor, a la conversión y a la esperanza porque Jesucristo es nuestro gozo completo. Porque si no hubiera resucitado, en vano sería, no solo nuestra fe, sino nuestra esperanza, no una esperanza cualquiera, sino la esperanza que transforma al mundo.

¿Cómo es que la resurrección de Jesús va transformando el mundo? La resurrección de Jesús transforma el mundo cambiando los corazones de los que creemos en Él para convertirnos en testigos de la posibilidad de superar todo lo que amenaza nuestro destino de felicidad absoluta. Como tal, la fe en la resurrección de Jesús hace presente en este mundo una esperanza que nos anima a no dejar de luchar por la misericordia, la justicia, la libertad, la solidaridad, la paz y la dignidad de cada ser humano. No hay en este mundo una fuerza social más grande que esta esperanza que nos da la fe en la resurrección de Jesús.

Preguntemonos cada uno de nosotros: ¿en que basamos nuestras esperanzas? Hoy por hoy en Puerto Rico, donde estamos asediados por tantos problemas, ¿en que basa su esperanza el pueblo de Puerto Rico de poder construir un futuro mejor? Algunos ponen sus esperanzas en el en el poseer, en la ciencia y en la tecnología, en la economía, la política y el poder. Otros se apartan de la lucha por un mundo mejor y buscan la felicidad en el dinero, las drogas, la bebida y el libertinaje. Pero nada de esto puede salvarnos pues nada de esto puede cambiar el corazón humano. Y al final de todo esta la muerte.

Algunos dirán que basan sus esperanzas en Dios. Pero, “nadie ha visto a Dios,” como dice San Juan Evangelista. ¿Cómo es posible basar la esperanza en algo que no se ha visto ni se puede ver porque es un Misterio mayor de lo que podemos imaginar?

Solo el que ha venido de Dios conoce a Dios. Solo Jesús conoce a Dios y para eso ha compartido nuestra vida humana hasta la muerte, para revelar un Dios que es Amor absoluto. La resurrección de Jesús, el rescate de su humanidad de las garras de la muerte, nos confirma que el propósito de nuestra existencia es el rescate de todo lo humano de las garras de la corrupción y la muerte por el mismo Poder del Espíritu Santo que resucito a Cristo. Este es el origen de nuestra esperanza. Esta es la esperanza que nace por la fe y va transformando el mundo.

Por eso toda la creación regocija con el anuncio Pascual. Por eso quisiera que este anuncio llegue a todos los que están tentados a perder la esperanza, o que ya la han perdido. Ha resucitado el Señor! La vida ha triunfado sobre la muerte. Hemos sido rescatados por el Creador que nos ama con amor infinito. La luz de la estrella de la esperanza ilumina nuestra oscuridad hasta que amanezca un eterno Domingo de Pascua sobre un mundo nuevo.

Felices Pascuas de Resurrección.